



♦ LUCÍA ANAYA

Mi madre fue una mujer de la nueva época, de las “emancipadas” que no se parecían para nada a mis abuelas, revolucionarias por supuesto, pero que no contaron con el privilegio de elegir una forma más libre de vivir. Ella era médica, una de las primeras mujeres profesionistas de su familia. Antes de serlo llegó a participar como columnista y juez en una revista de fisiculturismo –sí, por un buen tiempo le pagaron por otorgarle una calificación numérica a cuerpos de hombres cubiertos de aceite posando en ropa interior. Así fue como conoció a mi padre, que, aunque no se cubría de aceite, sí pertenecía a un gimnasio que ella visitaba. Gracias a ese encuentro, hoy estoy aquí contándoles esta historia.

Inteligente y poderosa, por muchos años ella dirigió su propio consultorio y fue el sustento principal del hogar que compartía con mi padre y conmigo. Recuerdo percibir cómo inspiraba autoridad y respeto. Temía mucho a sus regaños, siempre que podía intentaba huir para no recibirlos.

En mi mente aún tengo la imagen vívida de ella llegando imponente a mi escuela después de sus jornadas laborales. Vestía de manera llamativa, era fácil distinguirla: conjuntos de colores chillantes, falda, saco con hombreras, lentes oscuros, medias y zapatos de tacón, el cabello estilizado con muchísimo volumen. El último grito de la moda en los noventas.

Muchas señoras se acercaban y le preguntaban por remedios para diversas dolencias mientras esperaban que sus hijos salieran. A veces traía regalos para mí, artículos curiosos de plástico que regalaban los laboratorios a los médicos para promocionar sus medicinas. Yo era coleccionista de aquellos, tenía varios corazones con formas hiperrealistas fabricados en

goma, bolígrafos con forma de jeringa, imanes con dibujos de píldoras, rompecabezas y juegos de mesa que promocionaban Rivotril, Clonazepam y medicamentos para dormir.

En mi colegio, era fácil distinguir a los hijos de médicos, pues todos contábamos con legajos y blocks promocionales de medicamentos para reducir la presión arterial, controlar el nivel de glucosa e incluso para eliminar la disfunción eréctil. Me parece que ahora, los laboratorios médicos ya no tienen permitido hacer una publicidad tan salvaje.

Aunque siempre estuve orgullosa de mi madre, no siempre tuve la mejor relación con ella. Las expectativas siempre son demasiado grandes para las madres y varias veces llegué a resentir que no estuviera presente del modo en que parecían estar las madres de otras compañeras. Desde antes de comenzar el colegio, pasé por una larga lista de cuidadoras por contrato que se hacían cargo de mí mientras mamá trabajaba, en otras ocasiones lo hacían mis abuelas y mi padre.

En algún momento de mi primera infancia mis padres hablaron conmigo: papá había encontrado un empleo más demandante que no le permitía pasar tanto tiempo conmigo, ahora tendría que acompañar a mamá al trabajo y la nana en turno se harían cargo de mí. Sin pensarlo dos veces le dije: “¡Papá no trabajes! ¿Por qué no nos puede mantener ella?”. No estaba acostumbrada a pasar tiempo con mi madre.

El nuevo trabajo de mi padre, reestructuró mis rutinas y nos empujó a pasar más tiempo juntas. La relación no fluía tan fácil. Por un lado, ella trataba de parecer una médica competente y ser madre a la vez. Mientras que yo pasaba los días vaciando estantes de medicamentos en busca de nuevos juguetes, desarmaba equipo médico o platicaba indiscreciones a sus pacientes. Me daba la impresión de que ella siempre estaba enojada conmigo, así que opté por evitarla. Me transformé en una niña tímida y huidiza.

Por muchos años esas etapas tempranas de mi infancia determinaron mi actitud hacia el mundo y sobre todo mi relación con ella. Me sentía incomprendida y distante, probablemente ella también. Merecíamos otra narrativa.

Dicen que los tropezones son como pequeñas catarsis que nos obligan a poner atención y, para qué negarlo... a mí me ha tocado caer muchas veces. Fue precisamente en una caída donde el equipaje al que me aferraba cayó estrepitosamente, abriéndose de par en par y su contenido voló frente a mí. Avergonzada, fui recogiendo pieza por pieza...observándola, sintiéndola, midiéndola en mi cuerpo... Expectativas. Ninguna me quedó. Opté por abandonarlas.

Al continuar mi camino, me solté a llorar. Me sentí ligera.

Por primera vez comprendí a mi madre.

*Mujer sumisa, mujer delicada, mujer incondicional...
Expectativas...Madre impecable, madre abnegada, madre
tierna, madre orquesta... Estar en todo sin llegar a nada...
Las expectativas siempre son demasiado grandes para las
madres, más vale abandonarlas. ●*

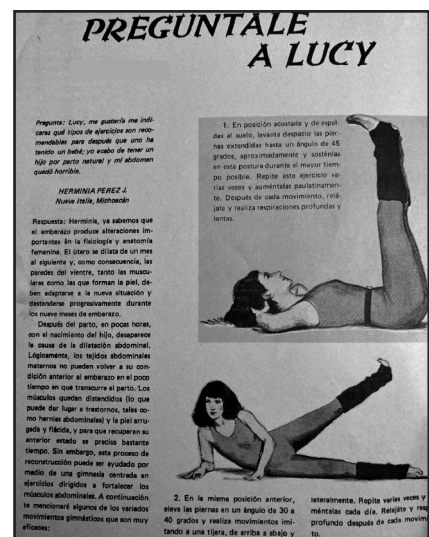


IMAGEN: CORTESÍA DE LA AUTORA